

CONTESTACIÓN
DE
DON VICENTE DÁVILA

Ciudadanos Representantes del Ejecutivo, de las Ciencias y las Letras:

Señores:

Acabáis de escuchar la interesante relación histórica de cómo se mezclaron y de dónde vinieron los habitantes que hoy pueblan las riberas del antiguo Coquibacoa.

Sus aborígenes sintieron por vez primera el empuje invasor del primitivo Aruaca. A este cultivador del campo sucedió el Caribe, que con ímpetu violento de conquistador daba muerte a los hombres y luego se apropiaba sus mujeres. ¡Acaso el más codiciado botín del guerrero vencedor!

El laborioso Aruaca fue expulsado de las fecundas tierras a las estériles, donde sólo nacen el cacto y el cardón. En tanto, los Caribes plantaban sus tiendas, cubiertas con la urdimbre de sus algodones, en los lugares poblados de verdura. La eterna historia de los hombres: el sometido cultiva en el silencio sus penas y rencores, que son el cato y el cardón de los Aruacas.

Pero tened en cuenta que en la simiente de esas congojas, casi siempre húmedas de lágrimas y sangre, hay gérmenes justicieros.

Por ello, el día que en las riberas orientales del Coquibacoa asomaron os conquistadores, el penacho del Caribe, hasta entonces triunfal, empalideció, no por cobardía, que no la hubo en el pecho del corajudo indio, sino por ese temor sagrado que se apodera de todo usurpador cuando en medio del festín aparece el *Mane, Thecel, Phares* implacable del Destino.

Y la Conquista, con todas sus crueldades, fue. Al presente, los restos del Aruaca, unidos a los autóctonos del Lago, se encuentran en la península Guajira, mutilada dolorosamente por nuestra incuria, bajo el nombre común de Paraujanos.

Allí están comprendidas las parcialidades de los Alcojolados, que se pintan como nuestras mujeres para verse más fieros y orgullosos; y los Toas, Onotos, Aliles y Zaparas.

El Cacique Nigales, caudillo de estos últimos, inscribió con la punta de su flecha, durante el fragor de la contienda y sobre el pecho del hispano, poema de bravura.

¡Y falta que hace el busto en bronce del broncíneo Nigales, allá sobre el escudo peñón de los zaparas, que, batido por el viento, se alza imponente a la entrada de su Lago! Él dirá a los pueblos de la tierra cómo defendieron nuestros indios sus azules aguas, convertidas hoy en el codiciado petróleo de la industria.

Acosados por el blanco invasor, pero negándole bravíos humilde vasallaje, se refugiaron en las cabeceras del Catatumbo las exiguas parcialidades de los Bobures, Quiriquires y Coronados, restos de la gran familia Motilona, representativa del Caribe en la Laguna.

Ejemplo de esta raza fiera, quedó vibrante de coraje en nuestra historia patria la defensa del indio. Que allá en una cumbre rocosa de Los Teques, lugar de sus dominios, se yergue el agrio peñascal cuyas entrañas de piedra ocultan avaras su tesoro: “La Cueva de Guaicaipuro”.

El patriotismo evoca al egregio escultor que grabará mañana, en la roca viva de ese agreste peñón, la figura simbólica del Cacique heroico.

Pero, como la justicia es imperecedera y siempre inexorable, los desmanes de la Conquista tuvieron su castigo. Proclamada la República por los criollos, las castas inferiores la defendieron en los campos de batalla.

Torrentes de sangre que venía del conquistador ibero empurpuraron la faz de la tierra venezolana.

Conseguida la Independencia, a costa de muchos bienes, en abrazo fraternal siguieron mezclados sus aborígenes con los Aruacas, Caribes y Europeos, y hasta con el mismo esclavo de Guinea.

Hoy, un pueblo inteligente, laborioso y amante de la paz ofrece a los hombres todos las ricas aguas de su Laguna y las feraces tierras que la rodean para que allí, a la sombra de nuestra tricolor bandera, desplieguen sus actividades de pensamiento y de civilizadora industria.

Señor:

Habéis conducido por el intrincado laberinto de la historia, en la maraña de razas y de tribus pobladoras del Nuevo Continente, a los indígenas invasores hallados por los iberos en la región que apellidaron Venezuela.

Vuestra asidua investigación ha marcado, semejante el hilo de Ariadna, la ruta, conocida hasta hoy, por donde vinieron los Aruacas y Caribes de sus grandes selvas y ríos brasileños, hincando sus jalones de conquista.

La Academia os recibe en su seno y se siente orgullosa con vuestra adquisición, porque sois un infatigable zapador de las ciencias y las letras venezolanas.

Y, además, porque habéis sabido aquilatar vuestra inteligencia ilustrada con la hombría de bien, que harto escasea en nuestro predio nacional.